

**MANUEL
CAPETILLO**

**LAZA
DE
SANTO
DOMINGO**

Principio

El traje negro de Edward Moriarty está brillante. Los movimientos decididos de sus brazos permiten ver la humedad de su ropa junto a las axilas. El cansancio de todos es apreciable: han tocado durante cuatro horas. Las características de la composición exigen una orquesta abundantísima: son quinientos veintitrés músicos. La mayoría de ellos sólo escucha. Muchos no desean quedarse hasta el fin del ensayo.

Es de noche. La sobriedad del viejo edificio de la Inquisición aumenta con la resonancia. Los sonidos fuertes, acumulados, se pierden como si penetraran a las piedras, pero después de ser un eco múltiple que disminuye despacio. El maestro levantó los brazos violentamente, mostró a los músicos las palmas de las manos, separó los dedos. Luego, sus manos descendieron con tal lentitud que su movimiento era imperceptible; y sus dedos, después de señalar a los diversos grupos de la orquesta, se juntaron calmosamente, anunciando que pronto se indicaría el principio del silencio.

La tarde comenzó con la creciente oscuridad que se presintió desde las primeras horas de un día gris y frío. Hacía meses decidí visitar a un pariente enfermo. Por la naturaleza de su padecimiento, sus médicos pidieron estudiar el origen y el desarrollo de su patología. Trasladado lejos de la ciudad de México, me fue imposible realizar el propósito de visitarlo. Además, supe que vivía inconsciente.

Dos semanas antes del día al que me refiero, frente a la iglesia me encontré con una prima mía. Platicamos de tía Marta. Nos guarecimos bajo los portales de la plaza porque llovía intensamente. Tía estaba bien, pero la agonía de tío continuaba. Los rumores de su muerte eran falsos: llevaba un mes internado en el Centro de Investigaciones de la Escuela de Medicina. Prometí a Nina y a mí mismo ver a nuestro tío cuanto antes.

Trece días pasaron sin que fuera a verlo, ¡y estando tan cerca! Finalmente, luego de atravesar la plaza, de mi casa al correo, y de depositar una carta para una persona muy querida, de la que desde hacía años no sabía absolutamente nada, fui al edificio de Medicina, en el cual hay actualmente tan sólo algunos laboratorios y la Escuela de Enfermería de la Universidad Nacional.

Tío ha sido callado: a pesar de su apariencia de persona dormida, sabía escuchar con interés lo que se le dijera, aun la conversación más insignificante. Debería atenerme al estado de su salud y quedar conforme con verlo, únicamente, y quizás con que él me viera.

Sobre la puerta esquinada, la sentencia latina: "Olvida el lacerado cuerpo", las fechas de construcción y el destino



original del edificio, labrados, estaban ocultos por una manta impresa. La escasa luz eléctrica me impidió leer, excepto las palabras "Concierto Extraordinario: Fiesta del Fuego". El veintiocho de diciembre ya había pasado, y la manta todavía afeaba el pórtico de la construcción majestuosa. En el vestíbulo, una lámina de mármol blanco repetía lo que la manta ocultaba afuera:

El último tranvía de mulas, de las once, retrasado, produjo el único ruido que se oía en la plaza. Las palomas dormían en los campanarios. Al cerrar la puerta, los sonidos del exterior ya no se oyeron para nada. Me impresioné al escuchar sólo mis pisadas, y al descubrir en el inmenso patio del edificio a la multitud de músicos estáticos. Dos esculturas del doble de mi tamaño enmarcaban la quietud de la escena: San Cosme y San Damián, médicos mártires, patronos de la Escuela, vigilaban el ensayo nocturno.

Frente a mí, frente a los músicos, el director, con los brazos extendidos, descendiólos, y con las manos abiertas, con los dedos separados, cerrándolas, levanta la vista y hace que me detenga. Cuando deja de mirarme continuó caminando, pero cuidadosamente: de puntas y como si arrastrara los pies descalzos sobre un suelo que pudiera herirlos.

Antes de llegar al patio, bajo los arcos de piedra y próximo a los arcos que, inmóviles, rozan los instrumentos, a la derecha hay un salón muy grande, como de veinte metros de fondo y ocho de frente. Allí, al centro del recinto, estaba un monje. La blancura de su hábito me obligó a volver la vista y a mirarlo. La capucha le caía sobre la espalda. Con una seña de sus manos me invitó a que pasara.

En voz bajísima, sin que yo percibiera el movimiento de sus labios y de su lengua, me dijo que subiera, que caminara cien metros en dirección del ocaso, a partir de donde la escalera desemboca. Le pregunté cómo estaba el enfermo.

—Solo, muy solo, desde hace tiempo —respondió el monje, y me indicó que al otro lado del salón, pasando la puerta, encontraría el pie de la escalera.

—¡Ah! —dijo, cuando yo iba a cruzar la puerta. Esperé sin cerrar—. A usted lo he visto antes muchas veces. Dígame: ¿En qué se ocupa?

—Soy impresor en los portales, al poniente de la iglesia de Santo Domingo —le dije, mientras él me entregaba una tarjeta conmemorativa del día de sus votos temporales.

—Debe cuidarse: no vaya a oscuras —y de una manga de su cogulla extrajo una palmatoria con la vela encendida—. Arriba encontrará a una mujer muy joven. Ella lo llevará a donde está el enfermo. Cuando se vaya, apague la vela y entregue a ella la palmatoria.



El cerró la puerta y yo fui hacia la escalera. Las sombras de los arcos de piedra dividían las bóvedas, las sombras de las columnas se proyectaban sobre el piso de piedra gastado apenas por el tiempo; al subir, la sombra de la balaustrada infundió a los músicos un movimiento aparente: el pase alternado de la sombra y de la luz producida por la vela, débil y empalidecida a la distancia, me hicieron creer que los músicos tocaban, pero nada se oía. Edward seguía con los brazos extendidos y con las manos abiertas. Tuve la impresión, y por eso dejé caer la tarjeta que imprimí para el monje y que él me había devuelto, de que a la orquesta desmedida se daría la entrada: el edificio se estremecería con el enorme conjunto de los sonidos.

Al llegar arriba traté de orientarme: la esquina desde la que el director miraba a los atrilistas y a los conjuntos corales inmóviles apunta hacia el noreste: fui por la izquierda de la escalera después de asomarme al patio. Allá abajo,

Moriarty levantó despacísimo las manos, sin cambiar la postura de los brazos. Miré al poniente: contra el fondo del pasillo se marcó una silueta que vestía falda y cubría su cabeza con un sombrero pequeño; supuse que era la enfermera, sobre todo porque me señaló que la alcanzara.

Antes de seguirla, presté atención al banco del piano, en el que nadie estaba. Las manos del director decaen y ascienden repetidas veces; puede ser que, ahora, el gigante robusto, barbado, golpee los platillos.

Simultáneamente se tocarían timbales, tambores militares, xilófonos, tubas, oboes y clarinetes; fagots y doscientos veintiocho instrumentos de cuerda: contrabajos, violoncelos, violas y violines. Atrás, o a los lados —equivalentes en número a la mitad de quienes constituyen la orquesta inmensa— los coros esperan también el golpe del maestro contra el aire.

No deseo aguardar más; decido ir a donde está la enfermera. En medio del silencio, se escucha que alguien abre una puerta. Edward Moriarty, que estaba con el tronco inclinado y los brazos extendidos, alzados, los baja suavemente y se incorpora, vuelve la vista hacia la puerta que se abre. Entra alguien. Poco es lo que se distingue pero reconozco a esa persona: es un viejo conocido mío a quien trato diariamente. Me alejo y escucho cómo conversa con Moriarty.

—¿Quién es usted?

—Amigo mío, disculpe que lo interrumpa.

—Sí sí —afirma, sin disimular su impaciencia—. ¿Cómo está? —e intercambia miradas de entendimiento con los instrumentistas y con los cantantes—. Mire: le pediré un favor: asista a mi casa esta noche. Tendremos una velada. Entonces hablaremos. Por favor, retírese.

—Con mucho gusto. No faltaré, se lo aseguro. Llevaré a un amigo, ¿le parece?

Trato de oír la respuesta de Moriarty, pero estoy muy lejos, o él ya no desea contestar nada. Poco después escucho cómo se abre la puerta, y se cierra. Imagino que el director retoma la posición que tenía: estará inclinado, habrá levantado los brazos y abierto las manos; los músicos han de mirarlo para obedecer la señal convenida. Se escuchará el estruendo de los instrumentos y de las voces, y el estruendo de los ecos que las piedras de las columnas, de los pisos, de las bóvedas del edificio produzcan, mientras mi tío agonice sin morir, o, quizás, mientras mi tío muera.

La silueta a la que sigo está muy próxima: nos separan menos de cinco metros. La muchacha se detiene ante una puerta cuando, desde la lejanía del patio principal, llega al débil sonido de una flauta.

—Señorita...

—Sí —me dice— el enfermo muere: aproxímese —y toma la palmatoria y se adelanta para conducirme.

En un dormitorio grandísimo se ven a lo lejos cuatro pequeñas luces que lo delimitan, posiblemente en el punto medio de sus muros, de los cuales no se aprecia si tienen ventanas. En ese lugar hay infinidad de camas; sólo pude ver aquéllas junto a las que pasamos, gracias a la luz con la que la joven iluminó nuestro camino. En las camas no había nadie. Aún podía escucharse la flauta, quedísimo. La muchacha se detuvo.

—Silencio: estamos cerca —me dijo, mientras indicaba el espacio oscuro—. No haga ruido: el enfermo se encuentra delicado. Además, yo estoy nerviosa: este lugar no me gusta a estas horas.

Durante el día trabajo demasiado, me siento cansada, al borde de una crisis nerviosa: el menor sonido me perturba: es perverso que aquí realicen los conciertos: no compadecen a los enfermos ni a nosotros.

Después de ayudar en varias operaciones seguidas, de atender a los enfermos, no puedo ocuparme de nada. Oír música mientras trabajo me pone fuera de mí, al grado que temo perder la razón, o, al menos, dejar arrastrarme a actitudes equívocas, como dar voces, gritar palabras ordinarias, aventar cosas o golpear a la gente. Todavía me controlo.

—Tenga paz. No trabaje demasiado. En cuanto a los conciertos, entiendo que el que se prepara es extraordinario. Todo pasará; descanse. Acompañame un momento, ilumine mi rostro, quiero que me vea mi tío.

La joven agradeció mis palabras, me tomó por el brazo y me llevó a la cama del enfermo. Allí estaban su cuerpo transparente —desnudo y sobre las sábanas, al que se conectaban seis o siete sondas— y su mirada ida.

—No le hable, es inútil —me advirtió al acercar la flama a mi cara.

De la figura de mi tío, que creí semejante al delgado velo que cubriera a un espíritu, me pareció escuchar la palabra “adios” varias veces, pronunciadas las sílabas por separado y largamente.

La enfermera pidió que nos fuéramos. Me acompañó a la puerta de la calle. Dejó la palmatoria sobre el suelo. Besó mi boca antes y después de decirme que me amaba. Luego tomó la palmatoria, apagó la vela y cerró la puerta.

En ese momento pasaron junto a mí la persona a quien vi interrumpir el ensayo y a otro conocido mío. Oí su plática unos instantes, se escuchó el sonido de toda la orquesta y de los coros, las campanas de Santo Domingo comenzaron a tocar, volaron las palomas, que emblanquecieron el cielo tormentoso, y yo crucé la plaza y entré en mi morada.

